

“GÉNESIS.

Crónica de un amor”.

EVA CUBAS NAVARRO.

Correo electrónico autor:

cubaseva@gmail.com

Blog personal:

www.elgenesisdeva.blogspot.com

Edición impresa: tapa blanda. 2015

[http://www.amazon.es/Genesis-Cronica-Eva-Cubas-](http://www.amazon.es/Genesis-Cronica-Eva-Cubas-Navarro/dp/1515032361/ref=pd_rhf_gw_p_img_1?ie=UTF8&refRID=13A2D4KB67KB91RYCKFM)

[Navarro/dp/1515032361/ref=pd_rhf_gw_p_img_1?ie=UTF8&refRID=13A2D4KB67KB91RYCKFM](http://www.amazon.es/Genesis-Cronica-Eva-Cubas-Navarro/dp/1515032361/ref=pd_rhf_gw_p_img_1?ie=UTF8&refRID=13A2D4KB67KB91RYCKFM)

-también en edición digital-

“Y Elohim dijo: «Hagamos al Hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra»”

TEXTO MESOPOTÁMICO DE LA CREACIÓN.

“Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Varón y mujer los creó.”

GÉNESIS. CAPÍTULO 1, VERSÍCULO 27.

“ADÁN: Dondequiera que ella estaba, allí era el Edén”.

DIARIOS DE ADÁN Y EVA. MARK TWAIN.

INTRODUCCIÓN

Lo primero que olí fueron las lilas y los jazmines del jardín. Lo primero que vi, al abrir los ojos, fue a Ella. Fue también lo primero que toqué y su risa lo primero que oí. Mi primera conciencia fue Ella. Así empezó nuestra existencia. Así me condené a un Amor Eterno. Fuimos creados inmortales, iguales y complementarios. Ella era el fuego y el aire. Yo la tierra y el agua. Tan necesarios entre ellos y tan opuestos entre sí.

PARTE I

REENCUENTRO

CAPÍTULO I

No puede ser que esté aquí de nuevo. ¿Cómo era?: *el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra*. Posiblemente, ese dicho estaba escrito para mí porque, por lo que recuerdo, siempre tropecé en esa roca, una y otra vez y otra y otra...

Pero, analizando las cosas con más calma y observando la situación en la que me encontraba, hasta podría definirme como el ser humano más feliz sobre la tierra.

Las causas eran sencillas. Primero, tenía al fin en mis manos mi manuscrito. El mismo que escribí en la casa de la vida de Menfis. El mismo que guardé y llevé conmigo cuando me marché de Alejandría, uno de los peores días de mi vida, mientras, llorando, veía arder mi adorada biblioteca y destruirse su cultura. El mismo que, ya en el monasterio, oculté, protegí y conservé. El mismo que, debido a una traición, me fue arrebatado de las manos durante mi estancia en Venecia allá por el siglo XVIII. El mismo que ahora estaba ante mí.

El libro estuvo perdido durante doscientos años sin dejar ningún rastro y ya había perdido la esperanza de recuperarlo. Pero allí estaba, en manos de la persona que menos esperaba. Sabía que era auténtico, lo reconocería entre un millón: cada una de sus páginas, las adaptaciones que se sucedieron a lo largo de los siglos, la transformación y el deterioro del papiro, la portada de piel y el pergamino que le añadí, los nuevos recuerdos y cada daño que había sufrido. EL LIBRO DE TOT, el primero de ellos, cuando el dios Dyehuty (llamado Tot por los griegos) era nuestro guía: el dios de la sabiduría y de los escribas. El mundo especulaba sobre los conocimientos de ese libro, sobre su poder esotérico y, durante siglos, fue

esa búsqueda de conocimientos mágicos la que favoreció su fama y perturbó mi existencia. Pero solo yo sabía que, a pesar de lo que se creía, nunca había sido hallado ningún ejemplar. Nunca, los que dijeron conocer sus secretos, tuvieron en sus manos el auténtico libro. Siempre permaneció oculto. Todo eran suposiciones infundadas de ocultistas y magos, ávidos de éxito y poder.

Y segundo, estaba ante Ella de nuevo, otra vez y otra y otra: mi piedra de siglos.

CAPÍTULO II

Varios días atrás, sonó el teléfono. Esa mañana, para variar, decidí dormir hasta tarde y remolonear entre las sábanas, sin prisas, aprovechando el frescor de la aurora que se colaba por mi ventana abierta meciendo las cortinas, sin trabajo a la vista. Llevaba una temporada en la que había entrado en una fase de autocompasión y deseaba reconciliarme con el mundo. Por eso: ¿las ocho de la mañana?

—Alan, tengo trabajo para ti —Eric siempre era tan oportuno.

—Te dije que quería estar un tiempo desconectado. Además, ¿qué haces despierto tan temprano?

—Aún no me he acostado —¡claro!—. Me acaban de llamar, es un cliente especial y muy exigente. Se trata de un manuscrito bastante antiguo y parece que no hay ningún experto que se arriesgue a autentificarlo con seguridad.

—¿En serio nadie puede?

—Eso me han dicho. Al parecer lo han intentado con varios de los mejores.

—No me hagas reír, hay muchos especialistas que podrían hacerlo.

—Es una gran oportunidad y mucha pasta.

—Sabes que no me interesa el dinero —no estaba acostumbrado a vivir con grandes lujos, no necesitaba mucho dinero.

—Pero, le harías un gran favor a tu mejor amigo y socio —alegó lastimero.

—¿Qué libro es? —si Eric apelaba a mi lástima, yo tenía las de perder, se ponía muy pesado, además, si era cierto que nadie había sido capaz de autentificar el manuscrito...

—El cliente no ha querido dar detalles, tendrás que desplazarte para verlo.

¿Desplazarme? ¡Oh no! Eso solo podía significar: ¡¡¡avión!!! Odiaba volar, si hubiera deseado hacerlo me hubieran creado con alas.

—No te preocupes, viajaré contigo, será rápido y nos espera una estancia idílica a orillas del Egeo. El cliente nos ha invitado este fin de semana para que le echés un vistazo a su tesoro.

Bueno, Grecia me gustaba.

A las siete de la tarde del día siguiente, aún con el sol acariciándonos la piel, estábamos frente a una gran casa de estilo griego en una de las islas Cícladas, una extensión de terreno que se dividía entre los bosques, las montañas y el mar. Fruncí el ceño, no me gustaban los climas húmedos para los manuscritos, suponían o deterioro o una gran inversión en mantenerlos en óptimas condiciones. Por las proporciones de la propiedad, probablemente sería lo segundo, normalmente bibliófilos con suerte que no sabían lo que tenían entre manos.

La casa era un paraíso, entrelazándose con la orografía del terreno y fundiéndose con las rocas como si de un todo único se tratara. Su estructura de bloques cuadrados y circulares le otorgaba ese punto de modernidad que la hacía trascender la naturaleza. Destacaba por las grandes cristaleras que casi eliminaban los muros de la fachada principal, totalmente abierta al mar y cuyos pisos superiores descendían por la ladera acomodando, en una de sus terrazas, la piscina climatizada y el jacuzzi, perfecta armonía de vanguardia y medioambiente. Una mujer abrió la puerta y nos indicó que esperásemos en el salón, llevándose nuestras maletas. La estancia principal era muy amplia y luminosa, totalmente equipada con todos los lujos modernos y, conectada al fondo, con una gran cocina que albergaba una

mesa de diez comensales, cuyas vistas al jardín delantero y al mar harían las delicias de los que allí degustaran sus especialidades culinarias.

Unos minutos después, apareció otra mujer más joven, bastante atenta, sobre todo a mí. Era guapa, tenía el pelo negro, corto y grandes ojos marrones, que mostraban cierto grado de desconfianza hacia nosotros, un rasgo inteligente el que una mujer permaneciera alerta ante desconocidos. Mientras nos conducía a nuestras habitaciones, iba explicándonos en qué consistía nuestra estancia allí y mostrándonos las diferentes dependencias. Cruzamos un gran pasillo luminoso que parecía pedir a gritos alguna colección de arte a su alrededor, pero lo que más llamó mi atención fue el patio interior, un reducto al más genuino estilo clásico, con una preciosa columnata, una fuente, un pórtico y una higuera, que contrastaba con la modernidad de la vivienda. Lo poco que pude ver del resto de la casa mientras subíamos, me pareció muy ecléctico y cautivador, por suerte las escaleras eran completas y no tenían esos escalones huecos y volados que solían instalar en ese tipo de construcciones y que eran los únicos elementos capaces de despertar mi vértigo. Las estancias del primer piso incluían varias habitaciones, con baño y vestidor, salas de descanso y un gimnasio. El segundo piso tenía la habitación principal y la azotea, que disponía de una terraza exterior con unas vistas magníficas al Egeo. Según nos comentó nuestra anfitriona, faltaba por visitar la biblioteca, en la que yo trabajaría, también en el segundo piso y el despacho en la planta baja, pero eso podía esperar a después de aposentarnos.

Antes de dejarnos, nos informó de la hora de la cena. Teníamos hasta las nueve y media para hacer lo que quisiéramos, pero no accederíamos al manuscrito hasta el mediodía del día siguiente, ya que la orden era que el cliente debía estar presente y sus negocios no le permitirían llegar antes. Eric se dirigió a su habitación al lado de la mía y yo hice lo mismo. Mi dormitorio tenía una cama enorme y, desde el baño, se veía el mar. Deshice

la maleta y me relajé bajo la ducha con ese paisaje, para después dar una vuelta por los alrededores. Me adentré en el bosque que había detrás de la propiedad, demasiado lujo me hacía sentirme fuera de lugar y, teniendo en cuenta que Eric tardaría un buen rato en acomodarse, aproveché hasta la hora de la cena para despejarme.

¡Cómo había cambiado todo! Recuerdo la Grecia de hacía siglos. Recuerdo pasear por el ágora de Atenas, recuerdo los templos, recuerdo los primeros museos, las primeras bibliotecas. Recuerdo las noches de amor en su compañía, como observaba mientras, muchos de los hombres más poderosos de la polis, se disputaban su atención, siempre la más bella, la más culta y la más refinada. Me atraía ver el poder que llegaba a tener sobre ellos, sin que ellos se dieran realmente cuenta de ese influjo, creyendo que la poseían y la dominaban, pero eran espejismos. Ella siempre fue, ante todo, libre y fuerte; nunca pertenecería a nadie, ni recibiría órdenes de ningún hombre. Ni siquiera de mí.

Respiré profundamente el aroma de los pinos, concentrándome en el sonido del viento entre sus ramas. Todo lo que veía a mi alrededor era distinto y... todo era igual: la misma tierra que había pisado, el mismo mar que golpeaba la costa... Y yo, siempre el mismo y a gusto en mis elementos.

La cena transcurrió en calma. Un conjunto de platos típicos de la cocina local: croquetas de arroz con hojas de parra y baklavas, a base de pasta de hojaldre con miel, almendras y vainilla, regalaron nuestros paladares. Eric, fiel a sí mismo, mantuvo el hilo de la conversación, no me sorprendió que hablara del último modelo de deportivo que había llegado de Alemania; siempre negociaba con objetos de lujo, hecho que le otorgaba ganancias abundantes, era un hobby que había heredado de su padre. Pensé, oyéndolo hablar, en otras personas como él que habían compartido mi vida

y que me mantenían cerca de lo que realmente deseaba: los libros y el acceso a ellos.

Observé, mientras mi socio tocaba el tema de los potentes motores, que solo nos habían atendido mujeres: la cocinera, la doncella y Eliza, la asistente personal y anfitriona desde que llegamos, pero no le di mayor importancia. Al finalizar la cena, Eric se quedó disfrutando de los placeres del vino y de la pantalla plana del salón y yo pedí ver la biblioteca. Eliza me condujo a una sala en el piso superior y, al advertir que deseaba quedarme solo, me dejó allí y regresó junto a Eric. Al entrar todo cambió. Fue como atravesar un tupido velo y encontrarte en un espacio totalmente distinto. Mientras que la casa conservaba una decoración moderna y con gran claridad, el espacio destinado a los libros era más oscuro y parecía pertenecer a épocas pasadas. Me sentí a gusto en seguida, en cierta manera, las bibliotecas con ese aspecto me atraían más que las de hoy llenas de luz y modernidad. Había una robusta mesa de roble oscuro en el centro de la sala y unos focos de luz salían de varias lámparas de madera de estilo inglés decimonónico. Las estanterías rodeaban la sala ocupando las paredes y elevándose hacia el techo por medio de unas escalinatas corredizas. Dos sillones orejados, situados delante de una pequeña claraboya redonda, completaban el lugar. Como única decoración pictórica destacaban dos bodegones al óleo de un estilo barroco que representan objetos dedicados a la bibliofilia: tinteros, plumas, libros y pergaminos antiguos, lámparas y candiles de aceite.

La atmósfera de la sala me transportó en el tiempo. Me sentí como si estuviera en un refugio dentro de esa mansión blanca y abierta al mar. Revisé los volúmenes que llenaban la estantería próxima a mí y observé una temática variada y organizada, que iba desde la más moderna novela negra, hasta ensayos y tratados de autores clásicos. Libros de ficción, amor, historia, biografías, pero lo que llamó mi atención fueron las obras de

referencia sobre la mujer: tratados feministas y literatura femenina de todos los tiempos. Había libros de bastante valor, aun así, no localicé los manuscritos antiguos y, analizando la colección, no vi al bibliófilo que pensaba encontrarme, supuse que tendría alguna otra sala con los libros raros y valiosos. Decidí leer algo y, después de ojear varios volúmenes, me llamó la atención un libro sobre herejía y brujas de los muchos que había: el *Malleus Maleficarum*, traducido como: el martillo de las brujas. Me sorprendió encontrarlo allí. El tratado, escrito por Henrich Kramer y Jacob Sprenger, sirvió de guía para la caza de brujas en el siglo XV y XVI, pero estaba ante una edición moderna de las muchas que se habían reeditado de ese libro. Fruncí el ceño: ¡curiosos los gustos del cliente! Sentado en uno de los sillones y con el libro en las manos, recapacité sobre los siglos pasados y sobre la capacidad del ser humano de entonces para entrever el mal, incluso en personas con las que normalmente convivían; el hecho de que fueran capaces de plasmar en un libro toda clase de torturas y crueldades y que ellos mismos consideraran de honor o de fe llevarlas a cabo, siempre me fascinó y asqueo a partes iguales. Leyendo, perdí la noción del tiempo; hundido en el cómodo asiento, me dejé llevar y cuando considere que hacía mucho que estaba allí, apagué la lámpara y me fui a mi habitación pensando que todo el mundo estaría ya descansando. Aun así, no me sorprendió encontrar en la sala de estar a Eric, todavía de charla con Eliza, disfrutando de un buen vino. Me acerqué a ellos haciendo que desviasen su atención hacia mi persona.

—¿Te sirvo una copa? —volví a sentir la mirada intensa de la chica y el ceño fruncido de mi socio, mientras me ofrecía la bebida.

—No, me retiro a descansar, solo quería avisaros. Pasadlo bien.

—¿La biblioteca ha sido de su agrado? —dijo rápidamente Eliza como buscando retrasar mi marcha iniciando una conversación.

—Interesante y curiosa. Tengo muchas ganas de conocer al dueño — fue lo único que dije, no quería detenerme mucho tiempo entre ellos.

—Es la única persona en el mundo que es más feliz en una sala llena de libros que en la compañía de una preciosa chica.

Increíble, Eric aprovecha cualquier tema y situación para ligar: ¡indirecta pillada!

—Me voy a dormir, seguid con lo vuestro.

Me alejé de aquella escena de seducción que parecía sacada de una novela rosa y que a Eric tan bien le funcionaban y me dispuse a descansar. Parecía que la noche se presentaba más interesante para él.

De repente estaba en el pasado, corría por las calles de una ciudad. El corazón me latía tan fuerte que parecía saltar en el pecho, acelerando el ritmo de mi cuerpo. Sabía que no podía salvarla, la pena y la impotencia anidaban en mi alma, pero no quería que muriera sola, aunque fuera lo más duro de mi vida, estaría junto a ella. La plaza estaba llena de gente. No podía entender como la muchedumbre disfrutaba de esos macabros actos y convertían la quema de una bruja en un espectáculo. ¿No se daban cuenta que todo era falso, que quemaban a una persona inocente como cualquiera de ellos? ¡Maldita falsa moral establecida por unos pocos! ¡Lo que hacía la ignorancia! Me acerqué todo lo que pude, moviéndome a empujones entre los allí reunidos. La hoguera ya había prendido, el olor a madera quemada y el humo lo envolvían todo, haciendo irrespirable el ambiente y limitando la visión del cadalso. Aun así, pude ver sus ojos azules, llenos de gratitud, fijos en mí. No gritó, no lloró, no se debatió ni suplicó. Mantuvo intacto su orgullo. El olor a piel quemada llenó el aire...

Me desperté al amanecer, bañado en sudor, nervioso. Me había dejado llevar por el Malleficarum de la noche anterior en ese sueño. Realmente

nunca estuve en una quema de brujas, siempre me mantuve al margen de esas crueldades. ¿Por qué entonces había soñado con Ella quemándose en la hoguera? Nunca fue condenada por bruja. Pero lo cierto era que volvió a invadir mis pensamientos pisando fuerte. Sentí de nuevo el olor a lilas y la suavidad tranquilizadora de su voz en mi oído, acompañada de un halo de su aliento cálido.

Salí de la cama con una gran curiosidad por mi cliente, pero debía esperar hasta la mitad del día, según había informado Eliza. Necesitaba descargar tensiones, sacar de mi cabeza los últimos pensamientos, las últimas sensaciones y decidí ir a correr, respirar la suave brisa procedente del Egeo, mágica para aliviarme. Revolví mi escueto equipaje: camisetas, vaqueros, zapatillas, bambas y, por consejo de Eric, algún bañador y un traje elegante; extraje unos pantalones cortos para hacer ejercicio, me puse una camiseta y bajé al salón. La casa estaba en silencio, sosegada, se escuchaba el sonido del mar, posiblemente todos dormían; yo decidí alejarme hacía el bosque. Mi gusto por perderme entre la naturaleza y tumbarme en la hierba me recargaba las pilas. Inicié mi carrera a través de los pinos, respirando el aroma de sus hojas de aguja y observando a las escurridizas ardillas que se escondían a mi paso. La luz del día se filtraba por las copas de los árboles, serpenteando, hasta caer a mis pies con destellos luminosos de calor. Paré en el sendero y alcé el rostro al cielo. Por un momento perdí la noción del tiempo y el lugar en el que me encontraba, vislumbrado el caleidoscopio de luz que se formaba entre las ramas de los árboles, dejándome acariciar por los tenues y, aún sin fuerza, rayos del sol de la mañana. No sé si pasó un segundo o una eternidad, pero cuando me cansé de respirar el frescor del bosque, me dirigí al mar, culminé el ejercicio con un baño y disfruté del agua fría que, con diminutas punzadas, liberaba mis músculos de la tensión. Me sumergí y dejé que la presión embotara mis sentidos, sin más movimiento que el balanceo de la corriente.

Al regresar, ya repuesto y relajado, el desayuno estaba preparado. Eric disfrutaba de unas tostadas y un café con leche en el office y, situándome a su lado, me serví lo mismo.

—¿De dónde vienes? Pensé que aún dormías.

—He estado dando una vuelta para despejarme. ¿Qué tal anoche?

—Realmente fue una velada entretenida, pero no llegamos mucho más lejos, solo charla y vino.

—Cuanto lo siento —mi ironía lo hizo reír.

—Bueno, si me hubiese mirado como te miraba a ti quizás... No entiendo como no aprovechas esas oportunidades, pareces un monje.

—¡No lo sabes tú bien!

Eric frunció el ceño y dio un sorbo al café, en ese momento entró Eliza. Vestía un traje chaqueta negro impecable y mantenía el pelo en un moño.

—Debo ir a recoger a mi jefa al helipuerto.

¿Jefa? Ya, ¡por qué no me sorprendía! De ahí que solo hubiera mujeres allí y, por supuesto, la temática principal de la biblioteca. Sentí curiosidad.

—¿A qué se dedica? —Eric puso los ojos en blanco ante mi pregunta, siempre decía que yo era demasiado directo.

—Negocios varios. Tiene empresas, inversiones y espectáculos. Llega de Londres del estreno de un musical que produce.

—¿Negocios varios? —insistí.

—No es de tu incumbencia, Alan, nuestra misión aquí es el manuscrito.

—Di mejor mi misión, tú solo me acompañas como interesado. Aunque, hasta ahora, he descubierto una pequeña colección de libros, nada del otro mundo. Ni siquiera he podido vislumbrar el famoso texto.

—No sea impaciente, señor Garden. Tendrá acceso al manuscrito en cuanto ella llegue. Ahora si me disculpan debo ponerme en camino. Dentro de un par de horas nos veremos. Disponed de la casa como más os plazca —en ese momento le sonó el teléfono móvil y se alejó para responder.

— ¿A qué venía tanta pregunta? Has estado algo desagradable —Eric seguía dando cuenta de su desayuno mientras miraba alejarse a Eliza.

—¿No me digas? Estoy en Grecia, trabajando en mi periodo de descanso, cuando debería estar relajándome.

—Me conozco tus planes: escuchar música clásica o chill out en plan contemplativo. ¡Vaya forma de disfrutar! Te pierdes los mejores placeres de la vida. Aprovecha la estancia, a gastos pagados, en un paraíso griego. Echa un polvo, tú que puedes, y sumérgete en los lujos de la modernidad. Vives anclado en el pasado, demasiado afectado por los libros en los que te envuelves.

—No pensamos en los placeres de la vida de la misma manera. Yo no me inmiscuyo en tu frívola vida, respeta tú la mía.

—Sigo a tu lado, ¿no? Eres mi amigo y uno de los pocos tíos que considero dignos de confianza. Así que, yo te aguanto, tú me aguantas... ¡Me largo! Es lo mejor cuando estás así: poner tierra de por medio. Te dejo con tus rollos, voy a la playa. Relájate.

En el fondo Eric tenía razón, debía aprovechar esa oportunidad. Finales de julio en las playas del Egeo, mirándolo así, eran unas grandes vacaciones. Igual el manuscrito valía la pena. Igual debía dejarme llevar por mi influencia en las mujeres, salir de mi rutina establecida en siglos y vivir un tiempo de forma más superficial. Igual debía disfrutar de la vida bajo el prisma de valores de mi amigo. Mientras Eric se alejaba, Eliza regresó de su conversación telefónica.

—Era mi jefa, parece que ha alargado su estancia en Londres por asuntos de negocios. Volverá en unos días y me ha pedido que les siga ofreciendo la hospitalidad de la casa hasta que ella regrese.

Fruncí el ceño, ¿unos días más sin ver el texto? Ella debió notarlo.

—Señor Garden, aproveche la ocasión que se le ofrece y disfrute de este paraíso.

¿Leyó mi mente? Me recreé en sus palabras. ¿Paraíso? ¿Aprovechar la ocasión? Todo el mundo se había puesto de acuerdo esa mañana para recordarme que no disfrutaba de nada. ¡Qué sabrán ellos! Miré a Eliza un poco más intensamente, realmente era guapa... Me levanté de la mesa instintivamente y me acerqué a ella. Noté como su respiración se aceleraba, ¡bien! Ya estaba sintiendo mi aliento en su cuello, suspiró y se dejó abrazar. *Carpe diem*.

Era curioso cómo podía llegar a controlar todos mis impulsos durante años y cuando decidía darles rienda suelta... Eliza dormía a mi lado, exhausta, saciada y, mientras contemplaba su rostro, pensé en lo ocurrido y volvieron a mi memoria las mujeres de mi vida; todas especiales y a todas las amé, como podía permitirme amar a alguien que no fuera *ella*. Sé que fueron felices a mi lado y yo disfruté mi vida con ellas el tiempo que viví en su compañía; pero en esos momentos, llevaba muchos años sin una mujer por voluntad propia y, también por voluntad propia, ahora compartía cama con Eliza. ¡Bueno, la verdad era que, la charla con Eric y el dichoso *carpe diem*, tenían algo que ver! Me incorporé ligeramente y observé la estancia donde nos encontrábamos, sin duda su habitación. Tenía un toque personal, con velas aromáticas decorativas, muñequitas de porcelana y fotos de lugares exóticos, una extraña mezcla de niña y mujer, no me había dado esa impresión al conocerla. Un reloj, que ocupaba la mesita contigua, me informó de que ya era cerca de mediodía y Eric no tardaría en volver de

la playa. No creía que le molestase lo ocurrido, parte de eso era culpa suya, pero no quería que me encontrara allí. Dejé a Eliza durmiendo plácidamente y salí del cuarto sin hacer ruido.

Me apetecía ir a la biblioteca, aunque soporté la tentación y me dirigí a una de las salas de descanso, una con audiovisuales, y encendí la televisión, tumbado en un mullido sofá de color crema. Hacía mucho desde la última vez que me senté a verla: programas de cocina e infantiles, tertulias, telenovelas y series, completaban la oferta de la mañana. ¡Vaya invento! ¡Estaban tan cerca y a la vez tan lejos! Este siglo era fascinante en avances tecnológicos: el teléfono, los ordenadores e internet, los aparatos de almacenaje de música. Sonreí, *obra del diablo, magia oscura, brujería*, dirían mis hermanos de hace siglos. Mientras pasaba los canales, de nuevo me perdí en mis pensamientos. Recordé mis tardes de cine hacía años, lo que disfrutaba con las imágenes en movimiento. Las primeras películas mudas, en blanco y negro: Nosferatu y sus tenebrosos planes, Dorothy llegando al maravilloso mundo de Oz y conduciéndonos, a través de una puerta, a un mundo lleno de color en la gran pantalla. Me fascinaba el cine, en cambio, no era muy aficionado a sentarme horas delante de la televisión, no me hacía sentir lo mismo. Aun así, lo que más llamaba mi atención de ese medio, era la falta de privacidad; todo se conocía, todo se sabía, todo valía. Lo más importante: la riqueza, el poder, el sexo, la belleza. Más de lo mismo, por muchos siglos que pasasen. Eric interrumpió mis divagaciones.

—¿Viendo la tele? —dijo con expresión de sorpresa.

—¿Qué tal en la playa?

Eliza entró en la sala en ese momento, somnolienta y despeinada. Eric me miró alzando las cejas y comprendiendo.

—Bien, ya te contaré. Ahora voy a darme una ducha para quitarme la arena y la sal de encima.

Sin decir nada más, me hizo un guiño, un ligero saludo a Eliza y se marchó a su habitación. Volvíamos a estar solos y por nada del mundo quería que las cosas se complicaran entre nosotros. Busqué algo en lo que ocuparnos.

—Me gustaría dar una vuelta por la casa. ¿Hay algo más digno de ver? Volví mi interés hacia Eliza, no quería que se sintiera incómoda.

—Ven conmigo —dijo acercándose a mí—. Te mostraré la colección de arte.

Me guio por el resto de la vivienda, indicándome cada rincón. Daba la impresión de que ciertas zonas estaban aún sin decorar, como si estuvieran en proceso de traslado y ocupación. Muchos de los cuadros, posiblemente destinados a las amplias paredes, permanecían en una de las habitaciones del primer piso a la que me condujo. Lo que Eliza llamaba colección de arte eran una serie de óleos y retratos de estilos variados. Había algunos de artistas contemporáneos seguidores del arte pop, sobre todo mujeres. Otros mantenían los rasgos de finales del siglo XIX y principios del XX e incluso anteriores, mostrando una interesante miscelánea de épocas pictóricas. Yo no era gran experto en arte y no sabía a ciencia cierta si algunos de los cuadros eran copias perfectas del original o el original en sí, pero el mural de la noche estrellada de Van Gogh que vi en la gran pared blanca situada en la subida de la escalera principal, era impresionante. Dentro de la habitación se encontraban las obras y revolví parte de los cuadros, descubriendo uno que representaba a Venus dormida.

—Es una obra de **Elisabetta Sirani**, una artista de Bolonia del siglo XVII, es un retrato privado que pertenecía, según se dice, a una de sus mecenas. Liliana lo adquirió en una subasta hace varios años. Estuvo tras él mucho tiempo. Es uno de los pocos de la autora que no es de tema religioso.

—Tengo entendido que Bolonia fue la cuna de muchas artistas femeninas en ese siglo.

—Elisabetta fue una de las primeras artistas de proyección internacional. Fundó una escuela de arte para mujeres, ayudando así a tener oportunidades a muchas otras. Es difícil abrirse camino en un mundo de hombres, ¿no crees? Son admirables. Liliana es como todas esas mujeres.

¿Liliana? Debía ser su jefa, se notaba que la admiraba. Acababa de caer en la cuenta de que no conocía el nombre del cliente. Eliza observó mi rostro.

—Liliana Moon. No se sí se os comunicó el nombre antes.

—Nunca pregunto, solo me intereso por el trabajo. Después de todo, siempre acabo sabiendo quién es. El que trata con los clientes es Eric, yo acudo a su llamada y realizo el trabajo de campo —me fijé de nuevo en la pintura.

La Venus dormía plácidamente, su cuerpo desnudo y de piel prístina yacía rodeado de flores y querubines. El ideal de belleza de todas las épocas, bien recostada bien naciendo entre las olas y la espuma del mar. Una hermosa mujer de cabellos cobrizos... Era curioso como a lo largo de los años siempre, siempre, se representó la esencia de la mujer del mismo modo... o a la misma mujer...

Algunos de esos cuadros se encontraban allí, copias o no. Pero, el que más llamó mi atención fue Lady Lilith de Rossetti, ese lienzo que me obsesionó en el siglo XIX.

—¿Estás bien? —miraba el cuadro embobado y Eliza lo notó.

—Es magnífico —era poco para describir los recuerdos que esa pintura despertaba—. Volvamos abajo, es hora de comer. Eric estará esperando.

Me indicó el camino con un suave e íntimo toque en el hombro y presentí el peligro. La noche anterior me había dejado llevar, pero no había

ninguna intención más y debía evitar que se encaprichara conmigo, no la conocía todavía y esperaba que no fuera de las enamoradizas. Sentí que quizás era momento de aclarar las cosas.

—Deberíamos hablar sobre lo que ha pasado entre nosotros. Creo que ha ocurrido todo demasiado rápido, me dejé llevar por las circunstancias y no quiero que afecte a mi trabajo aquí o al tuyo. No busco una relación, no quiero ofenderte, pero...

—No te preocupes, comparto tu opinión. Lo dejaremos en una bonita noche entre adultos. Normalmente soy más profesional, pero tú... Me cuesta confiar en los hombres, por razones personales prefiero aprovechar el momento y ya está, sin compromisos. Pero tú... Nos limitaremos a la relación laboral, es lo correcto. Ambos decidimos de forma madura dar el paso ayer y, por supuesto, podemos hacer que no vaya más allá de esa bonita experiencia. ¿Como amigos?

—Como amigos —me sorprendió su madurez. Mi experiencia con las mujeres me había llevado a tener parejas que se aferraban a mí con mayor intensidad, muy pocas veces había mantenido encuentros de solo una noche. En el fondo era lo que yo buscaba y ella lo facilitó, me quedé más tranquilo con todo aclarado y nos dirigimos, ya sin tocarnos, a comer.

Cuando llegamos, Eric esperaba repasando con la mirada los platos de comida colocados sobre la mesa.

—¿Qué tal el baño? —me senté a su lado en la gran mesa.

—Genial, es una playa alucinante. Me fui hacia la zona más pública y, gracias a mi encanto natural, acabé charlando con varias féminas —él siempre igual. Sus prioridades claras: los lujos, los coches y las mujeres, no precisamente en ese orden. Pero lo mejor de Eric era su claridad, no tenía dobleces, una persona honesta y leal, por eso era sencillo ser su amigo y verlo disfrutar de los placeres que la vida le brindaba. Aun así, cambié de tema para involucrar a Eliza en la charla.

—¿Lleváis mucho tiempo viviendo en esta propiedad? Me ha parecido al recorrer la casa que está por terminar en ciertas zonas, sobre todo en lo que a decoración se refiere.

El sabor de la musaka era intenso.

—Desde principios de año. Poco a poco vamos consiguiendo adecuarlo todo. Liliana busca establecerse aquí por un largo periodo de tiempo. Necesita un descanso, desconectar. Todos lo pensamos.

—Lo que sorprende de todo esto es que la sala de la biblioteca no tiene nada que ver con el estilo griego y moderno de la casa.

Recordaba la atmósfera más oscura y antigua del lugar, cómo me envolvió por completo.

—Fue lo más discutido de todo el proyecto de decoración, pero no hubo forma de convencer a Liliana. La biblioteca debía tener ese aspecto sí o sí, nadie sabe el porqué. Y tampoco es que vaya a pasar mucho tiempo allí, para los temas de negocios está el despacho de aquí al lado.

—¿Cómo es esa biblioteca? —preguntó Eric intrigado.

—Tiene un aspecto como de épocas pasadas, en madera oscura y luz en puntos concretos. Es como viajar en el tiempo, como regresar a los escritorios medievales o a las salas del romanticismo decimonónico.

—¡Estarás en tu salsa entonces! —dijo riendo—. Míralo por el lado bueno, ese lugar de trabajo es el ideal para ti —Eliza lo miró sorprendida, pidiendo una explicación—. Su pasión son las antigüedades, por eso, es el mejor en su oficio. Seguro que hubiera sido más feliz viviendo en la edad media entre los muros de uno de esos monasterios con copistas.

—No das esa impresión, pareces bastante moderno. Los vaqueros y las camisetas. La forma de llevar el pelo, la forma de... —calló y se sonrojó, dándose cuenta de que iba demasiado lejos, que las intimidades no debían airearse.

—Me adapto bien a los tiempos modernos —salí a su encuentro para quitar leña a su comentario y la chica rio tímidamente, por culpa del embrollo—. Aun así, Eric tiene razón, estoy más a gusto en esos ambientes y rodeado de libros y manuscritos. Es donde me desenvuelvo mejor.

—¿Adicto al trabajo? —se interesó ella.

—No diría tanto. Me gusta lo que hago y esa es mi forma también de desconectar. Los libros no me engañan —sonreí.

—Según los informes que nos llegaron, no solo autentificas manuscritos, sino que también has restaurado.

—Es un experto en la historia de los libros y sus formatos desde las primeras tablillas sumerias. Ha restaurado textos en toda clase de material y ha hecho copias exactas de materiales raros y valiosos. Pero, sobre todo, es un especialista en códices medievales. Es capaz de autentificar cualquier documento antiguo casi con verlo. ¡Qué bien te vendo! ¿Eh? —no me gustaba cuando mi socio relataba la lista de méritos.

—De todas formas no soy muy conocido en este mundo, solo por unos pocos. Me sorprendió cuando Eric me avisó.

—¿Fuiste tú quién me llamó? —preguntó Eric a Eliza.

—No, se puso en contacto contigo Susana, la secretaria personal de Liliana. Uno de los expertos nos habló de Alan Garden y solo pudimos localizarlo a través de usted.

—¿Quién os habló de Alan?

—Creo recordar que se apellidaba Covers.

—¿Conoces al profesor Richard Covers?

Eric me preguntó, sorprendido. Yo sabía que lo conocía por los contactos de su padre, pero él no conocía mi relación con Covers.

—Coincidimos el año pasado en una conferencia sobre códices y miniaturas carolingias.

—Parece extraño que Covers no haya sido capaz de identificar claramente su ejemplar —Eric sabía que el profesor era una eminencia en esos temas.

—Por eso esperamos, señor Williams, que el señor Garden sea capaz de autentificarlo.

—Eric, por favor. El señor Williams es mi padre. Y creo que el señor Garden no pondrá objeción a que le llames por su nombre de pila. Además tendremos más o menos la misma edad.

—No hay problema, llámame Alan —era lo normal después de lo ocurrido entre nosotros. Nada de formalismos en público, nunca me había gustado lo de señor—. Por cierto, aún no sé a qué tipo de obra me enfrento.

—No tengo permiso para mostrártela hasta que no vuelva mi jefa. Tiene mucho cuidado con eso, lo lamento.

¡Mi gozo en un pozo! Habría que esperar, no creo que fuera capaz de convencerla, respetaba demasiado a esa tal Liliana.

—Es un vino excelente, ¿propio de la tierra?

Eric vio mi expresión de desilusión y, antes de que continuáramos hablando del libro, volvió a dirigir el tema hacía cosas más triviales y el resto de la comida la conversación fluyó entorno a la gastronomía, las costumbres y la velada playera de mi socio.

La tarde transcurrió tranquila, el clima era caluroso y pensamos que era un pecado no aprovechar la caída del sol para conocer la isla. Decimos salir de la propiedad y cambiar de aires, mientras visitábamos Chora, el pueblo más cercano a la casa, un paisaje idílico en las Cícladas. Una lancha de lujo, amarrada al embarcadero privado, nos condujo en pocos minutos a la población y paseamos por las calles adoquinadas de casas blancas, iglesias ortodoxas y balconadas con flores de diversos colores; hasta allí llegaba el aroma del mar y se respiraba pureza y sal. Recorrimos los sitios

de interés turístico, siguiendo la estela de muchos más visitantes: el castillo veneciano y la fortaleza, reminiscencias de un pasado protegido de los ataques de otros siglos. Después de un par de horas, acabamos en un típico restaurante al aire libre y durante la cena, Eric nos hizo partícipes de su idea de acabar la velada en uno de sus clubes nocturnos, pero yo no compartía su gusto por la noche y esa tarde de asueto había sido más que suficiente para mí. Por suerte, mi amigo reconoció entre un grupo de gente que pasaba por allí a una de las chicas de esa mañana en la playa y decidió seguir la fiesta con ella. Eliza, aunque insistí en que podía volver solo, se comportó como una perfecta anfitriona y regresó conmigo. No se creó ninguna situación incómoda entre nosotros, así que me di una ducha y me dispuse a terminar mi domingo con un sueño reparador.

La mañana del lunes amaneció soleada y prometedora para mí, la señora Moon haría acto de presencia y con ella el código que estaba esperando. Me desperté de nuevo temprano y salí a correr, en esos pocos días había sido capaz de establecer una rutina. Al regresar, Eliza tenía buenas noticias: su jefa llegaría a las doce y entonces podría acceder al manuscrito. Un buen desayuno, una ducha rápida y pasaría el tiempo volando, ya estaba impaciente.

—¿Eric sigue durmiendo? —le pregunté, ella conocería mejor lo que ocurría en la casa.

—No volvió anoche, durmió por ahí —pensé que debió aprovechar el momento con la chica de la playa.

—Voy a llamarle, hay que avisarle de la hora de llegada de la señora Moon.

Eric contestó al teléfono somnoliento, con un *diga* que sonó a primera palabra de la mañana. Según me explicó, se había quedado a dormir con una de las chicas de la playa, ¿dormir? ¡Vaya eufemismo! Volvería

enseguida y se pondría a trabajar. Se notaba que disfrutaba con la estancia en las islas. Veinte minutos después, apareció por la puerta y se ofreció a acompañar a Eliza a recoger al cliente.

Yo, por mi parte, decidí esperarles en la biblioteca que, ciertamente, se había convertido en mi lugar favorito. Llevé allí mis accesorios de manipulación para el trabajo del código y me entretuve con una buena edición de *Corazón Delator* de Poe. Cuando quise mirar el reloj de la pared, tenía a Eliza detrás de mí.

—Vamos, te mostraré el libro. Liliana viene enseguida.

Se dirigió a una de las paredes y retiró unos libros, abriendo un hueco. Como me imaginé una de las estanterías que había en la biblioteca ocultaba una caja de seguridad en la que las condiciones de conservación eran las adecuadas. De allí extrajo un manuscrito y lo depositó en la mesa. Me quedé sin respiración, reconocí el libro al instante, me puse los guantes y lo tomé en mis manos para abrirlo y hojearlo. Entonces se abrió la puerta de la biblioteca y, junto a Eric, entró *ella*.